

Sade: del manicomio al museo

Ariel González Jiménez

“Las letras de tu nombre son todavía una cicatriz que no se cierra”, escribió Octavio Paz sobre el Marqués de Sade, personaje controversial y temido en su momento, durante las postrimerías del Antiguo Régimen y a lo largo de la Revolución francesa, y autor de una obra tachada de reiterativa lo mismo que reivindicada como precursora por los surrealistas, y de cuya muerte se cumplen dos siglos.

“El pudor es una quimera, resultado únicamente de las costumbres y de la educación, es lo que se llama un hábito; si la naturaleza ha creado al hombre y a la mujer desnudos, es imposible que al mismo tiempo les haya infundido aversión o vergüenza por aparecer de tal forma. Si el hombre hubiese seguido siempre los principios de la naturaleza, no conocería el pudor: verdad fatal que prueba (...) que hay virtudes cuya cuna no es otra que el olvido total de las leyes de la naturaleza”.

MARQUÉS DE SADE, *Justine o los infortunios de la virtud*

I

El 2 de julio de 1789, en la calle Saint-Antoine, aledaña a La Bastilla, los ciudadanos parisinos presencian una escena que de inmediato resulta inusual, pero que a los pocos minutos ya es en todos los sentidos insólita: desde el sexto piso —donde ha conseguido que lo trasladen recientemente, debido a un cúmulo de dolencias y sufrimientos físicos—, un prisionero con voz estentórea pero de dicción educada denuncia que en esa

prisión los reclusos son degollados y clama que lo liberen cuanto antes.

Según un testimonio del carcelero Lossinote registrado por un abogado, el improvisado orador se había apoderado de “un largo tubo de hierro en una de cuyas extremidades se había puesto un embudo para vaciar más cómodamente sus heces en la fosa y con ayuda de esta especie de megáfono que el hombre coloca en la ventana que da sobre la calle... se pone a gritar, reúne mucha gente, se deshace en invectivas contra el gobernador, invita a los ciudadanos a que acudan a socorrerlo...”.

El prisionero de *La sexta libertad* (como también se conoce a ese sexto piso de La Bastilla) se llama Donatien Alphonse François de Sade, mejor conocido como Marqués de Sade, quien parece ser capaz de respirar desde lo alto de las mazmorras el aire de la Revolución francesa.

La toma de La Bastilla, 12 días después, no lo liberará de su encarcelamiento allí, como quieren algunas

leyendas. Antes, habiendo dispuesto el gobernador de la prisión, marqués de Launay, que Sade es un perturbado peligroso, un furibundo que no cesa de romper el orden, es trasladado “desnudo como un gusano” al manicomio de Charenton el 4 de julio.

Ya entre los declarados dementes, Sade no lo verá con sus propios ojos, pero se enterará y disfrutará enormemente de la inconsciente y brutal venganza popular que cae sobre el responsable de su traslado: la cabeza del marqués de Launay es paseada por París en una pica.

El nuevo interno de Charenton lleva consigo una nota que explica todos sus confinamientos, primero en Vincennes, más tarde en La Bastilla: “Privado de su libertad desde 1777, a requerimiento de su familia, después de un proceso criminal que sufrió por una acusación de envenenamiento y sodomía, crímenes de los cuales se justificó, y además a causa del libertinaje extremado al cual se entregaba y a causa de la ausencia de espíritu a que estaba sujeto y que hacían temer a su familia que, en uno de esos excesos, terminara por deshonrarla”.

No hay un parte médico que lo declare abiertamente loco, pero a decir verdad el *Divino Marqués* está en Charenton a punto de perder realmente la razón porque sabe que con la destrucción y saqueo de La Bastilla él ha perdido también trece años de trabajo. Culpa de ello a la señora de Sade, su mujer, la cual tuvo la negligencia de no rescatar ninguno de sus documentos ni muebles o retratos, todo eso entre el 4 y el 14 de julio. En una carta, Sade se lamenta: “lo que es irreparable, quince volúmenes de mis obras manuscritas, listas para ser impresas, y todos mis efectos personales, digo, fueron puestos bajo el sello del comisario de La Bastilla y la señora de Sade cenó, fue al excusado, se confesó y se fue a dormir”.

II

Nada lo consuela o anima. El rollo de doce metros que fabricó pegando hoja por hoja para escribir *Las 120 jornadas de Sodoma o la escuela de libertinaje* lo cree perdido (y efectivamente, él nunca lo volverá a ver, pero el precioso manuscrito, conservado por una familia de nobles por más de un siglo, reaparecerá en una subasta en 1904 y será publicado por primera vez ese año).

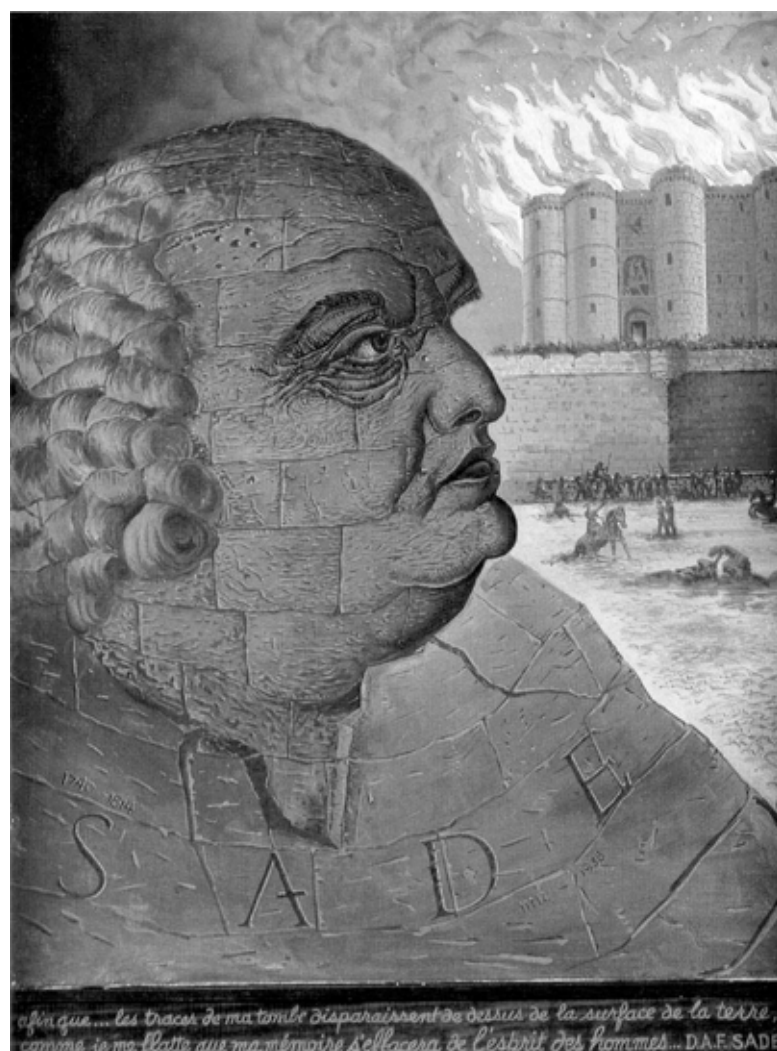
Seguida de toda esta profunda amargura, la Revolución parece hacerle justicia y es puesto en libertad el 2 de abril de 1790. Se entrega agradecido a los tiempos revolucionarios, aunque no deja de saber que su condición de aristócrata no puede ser bien vista; e incluso desarrolla diversas reflexiones llenas de visionarias conclusiones: “Pero basta; hay que ser prudente en las cartas, que nunca el despotismo les quitó tantos sellos como la libertad”.

A pesar de que en 1792 su castillo es saqueado, Sade se conduce todavía como lo más cercano al hombre nue-

vo que la Revolución está generando. Lloro el asesinato de Marat en un discurso que es ampliamente aplaudido y hasta finge también que la sangre derramada por el terror de Robespierre no lo asusta, por muy cerca que corra de sus familiares y amigos nobles.

Sin embargo, “bastó solamente un papel —como escribe su biógrafo Raymond Jean, de quien recojo todos los datos hasta ahora consignados—, una nota que indicaba que en 1791 Sade tuvo la imprudencia de solicitar servir en la guardia constitucional del rey”, para que nuevamente fuera encarcelado, esta vez en Les Madeleine, una prisión antes dedicada a las prostitutas y que marcará su retorno al mundo penitenciario. Recorre distintas prisiones, y entre una y otra, su expediente y las pesquisas sobre su pasado crecen hasta dar con la identidad que el comité de vigilancia revolucionario mejor reconoce: “un hombre muy inmoral, muy sospechoso e indigno de la sociedad”.

A punto de ser guillotinado, la filosa hoja da un giro y corta la cabeza de Robespierre y los suyos. Sade recupera su libertad en octubre de 1794 y otra vez emprende el camino para ser un “buen ciudadano”. Su redención comienza por el deseo de dedicarse a sus libros, pero estos serán justamente los que lo condenarán de nuevo a los ojos de los gobiernos en turno para los cua-



Donatien Alphonse François de Sade representado por Man Ray, 1938



les él nunca dejará de ser un monstruo sin principios ni decencia.

En marzo de 1801, ya en tiempos del policía José Fouché, las ediciones de diversas obras, entre ellas el último tomo de *Juliette*, son confiscadas y Sade es conducido otra vez a prisión, la de Sainte-Pélagie, que —vaya su suerte— también en otro momento había servido como convento para jóvenes arrepentidas. Renegará haber escrito las obras que indignan a las autoridades y, pese a ello, empezará a ser tratado cada vez más como un “demente libertino”.

Las puertas de Charenton vuelven a abrirse para él, pero con los buenos ojos de Coulmier, el director del establecimiento, las cosas no le irán peor que en otras ocasiones: gozará de algunas libertades y privilegios.

No obstante, volverá a sufrir el despojo y la abolición de su obra cuando una inspección de su habitación revele que ha estado pergeñando un largo manuscrito, “una lectura repugnante”, *Las jornadas de Florbelle o la naturaleza desvelada*, “una serie de obscenidades, de blasfemias y de perversidades que no es posible cualificar”, concluyen los censores.

III

En su *Historia de la locura en la época clásica*, Michel Foucault encuentra en el caso del Marqués de Sade un

ejemplo insuperable de cómo la reclusión psiquiátrica se transforma de un siglo a otro,

cuando Royer-Collard trata de expulsar a Sade de aquella casa de Charenton donde tenía la intención de hacer un hospital. Él, el filántropo de la locura, trata de protegerla de la presencia de la sinrazón, pues bien se da cuenta de que esta existencia, tan normalmente internada en el siglo XVIII, ya no tiene lugar en el asilo del siglo XIX; exige la prisión. “Existe en Charenton”, escribe a Fouché el primero de agosto de 1808, “un hombre cuya audaz inmoralidad lo ha hecho demasiado célebre, y cuya presencia en este hospicio entraña los inconvenientes más graves. Estoy hablando del autor de la infame novela de *Justine*. Este hombre no es un alienado. Su único delirio es el del vicio, y no es en una casa consagrada al tratamiento médico de la alienación donde puede ser reprimida esta especie de vicio. Es necesario que el individuo que la padece quede sometido al encierro más severo”. Royer-Collard ya no comprende la existencia correccional. Busca su sentido del lado de la enfermedad, y no lo encuentra; la remite al mal en estado puro, un mal, sin otra razón que su propia sinrazón: “Delirio del vicio”. El día de la carta a Fouché, la sinrazón clásica se ha cerrado sobre su propio enigma; su extraña unidad que agrupaba tantos rostros diversos se ha perdido definitivamente para nosotros.

En lo sucesivo, un libertino como Sade merece sin duda otro castigo más acorde con la maldad y el vicio que representa. Pero el prisionero de Charenton no lo esperará —como tampoco la prometida libertad que se supone le llegaría con la primavera— porque muere el 2 de diciembre de 1814.

IV

Si hay algo que muestra su vida y su obra es la incapacidad de su época —de muchas épocas, en realidad— para contenerlas. Sade no cabe en ninguna prisión, en ningún manicomio; tampoco su obra entra fácilmente en las librerías y bibliotecas. De asimilación, ni hablar. Sade (“Lo que entiendo por la gloria de Francia...”, como escribe Pétrus Borel; o “el espíritu más libre que jamás ha existido”, de acuerdo con Apollinaire), sigue sin ingresar por completo al mundo.

Pero intentos de convidarlo a departir de algún modo con los grandes públicos no faltan. El esfuerzo más interesante en ese sentido le corresponde no sólo a grandes editoriales como La Pléiade, que ha recuperado su obra, sino ahora mismo al Museo de Orsay, que ha abierto una muestra para celebrar el bicentenario de la muerte del brillante libertino con una muestra: *Sade, atacar el sol*.

En un reciente artículo publicado en el diario *El País* (“El divino marqués en el museo”, 2 de noviembre de 2014), Mario Vargas Llosa festeja esta iniciativa bajo una perspectiva que convoca a otras polémicas. Escribe:

De este modo, la frivolidad del siglo en que vivimos —la civilización del espectáculo— va a conseguir lo que no lograron los gobiernos, policías y la Iglesia que a lo largo de dos siglos lo persiguieron con encarnizamiento: acabar con la leyenda maldita que rodeaba al personaje y a sus libros y probar que ni aquél ni éstos eran tan peligrosos ni malignos como se creía. Y que, a fin de cuentas, aunque sus ideas resultaban, sin duda, bastante apocalípticas y escabrosas, como escritor era recurrente como un disco rayado y, pasados algunos sobresaltos, generalmente aburrido.

Sobre estas apreciaciones cabe abrigar bastantes dudas, así provengan de nuestro admirado Premio Nobel de Literatura. La primera que me surge es que la recuperación del Marqués de Sade por parte de un museo es, por lo menos, sospechosa. ¿Qué tiene que ver el autor de *Justine o los infortunios de la virtud* con un espacio museográfico? Los directivos y curadores del Museo de Orsay seguramente se lo preguntaron antes de abrir la muestra *Sade, atacar el sol*. Y lo hicieron, ciertamente, aunque resta discutir si respondieron correctamente al

exaltar el rescate de “la modernidad proscrita” de este personaje como *leitmotiv* de la exposición. En cuanto al pretexto que tuvieron para hacerlo, resulta impecable: el bicentenario de la muerte del distinguido prisionero del manicomio de Charenton.

La idea rectora del Museo fue reunir obras de grandes artistas como Picasso, Goya o Bacon que pudieran ejemplificar la presencia de lo sadiano —que no del mal llamado sadismo— en el arte moderno. Sé, por la información que han brindado diferentes agencias, que la meta era exhibir al Sade que permite, de acuerdo con la curadora de la muestra, Laurence des Cars, “repensar la historia de la modernidad” y, al mismo tiempo, “disecionar el arte a partir del legado del escritor”.

No está mal. Sin embargo, es pertinente dudar de la posibilidad de que un hombre perseguido por monárquicos y revolucionarios, prohibido por creyentes y jacobinos, condenado una y otra vez al silencio y a la sombra, pueda decir *algo* en un museo, así sea por interpósitas figuras (los artistas en cuestión).

V

Pienso en el poema “El prisionero”, de Octavio Paz, dedicado al *perverso* autor que tanto escándalo ha producido durante siglos:

El erudito y el poeta,
el sabio, el literato, el enamorado,
el maníaco y el que sueña en la abolición de nuestra
[sinistra realidad,
disputan como perros sobre los restos de tu obra.
Tú, que estabas contra todos,
eres ahora un nombre, un jefe, una bandera.

Y ahora una exposición. La intención me parece casi piadosa: que a través de los primeros grabados anatómicos de Gautier d’Agoty, la *Medea* de Delacroix, las *Figuras al borde del mar* de Picasso, *El sueño* de Courbet o el resto de las obras expuestas, podamos descubrir o asomarnos al universo de Donatien Alphonse François de Sade.

Dice el Museo de Orsay en su página de Internet:

La obra del *Divino Marqués* pone en tela de juicio de forma radical las cuestiones del límite, proporción, exceso, las nociones de belleza, fealdad, de lo sublime y la imagen del cuerpo. Despeja radicalmente la mirada de todos sus presupuestos religiosos, ideológicos, morales, sociales.

Y por supuesto que es difícil no estar de acuerdo con este texto, pero la inquietud original prevalece: ¿de veras le abrió un camino al arte ahí exhibido? ¿No sus jorna-

das de Sodoma están un poco más allá de la representación del buen Goya o Picasso?

No es que no los haya tocado y acaso inspirado en algún punto, pero la fuerza demoledora y apabullante de su obra no logra estar realmente contenida en ningún cuadro. Y mejor que así sea, puesto que para eso el arte se inventa tantos caminos y es obvio que los de la escritura no siempre pueden ser plasmados en un lienzo, un grabado o una escultura.

Según el análisis de Annie Le Brun, especialista en Sade y comisaria invitada —continúa la página web del Museo—, la exposición pone a la luz la revolución de la representación abierta por los textos del escritor. Se abarcarán los temas de la ferocidad y de la singularidad del deseo, del desvío, del extremo, de lo raro y de lo monstruoso, del deseo como principio de exceso y de recomposición imaginaria del mundo, mediante las obras de Goya, Géricault, Ingres, Rops, Rodin, Picasso...

Dicho lo anterior, la institución advierte al público: “El carácter violento de ciertas obras y documentos puede herir la susceptibilidad de los visitantes”. Pero el lector de Sade seguramente podrá entrar y salir indemne

de las salas del Museo de Orsay, esbozando quizás una sonrisa ante esta aproximación sugerida.

Menos mal que la propia curadora ha señalado que en el arte —no tanto en la literatura— la influencia directa de Sade es más difícil de probar. (“Sólo los surrealistas reconocieron a Sade como uno de sus precursores”, reconoce la experta). Y me queda claro que Goya y otros artistas expuestos sentían pulsiones y deseos cercanos a los de Sade en algún punto, pero no creo que lo muestren cabalmente en su obra y mucho menos aún que hayan tenido la intención de hacerlo.

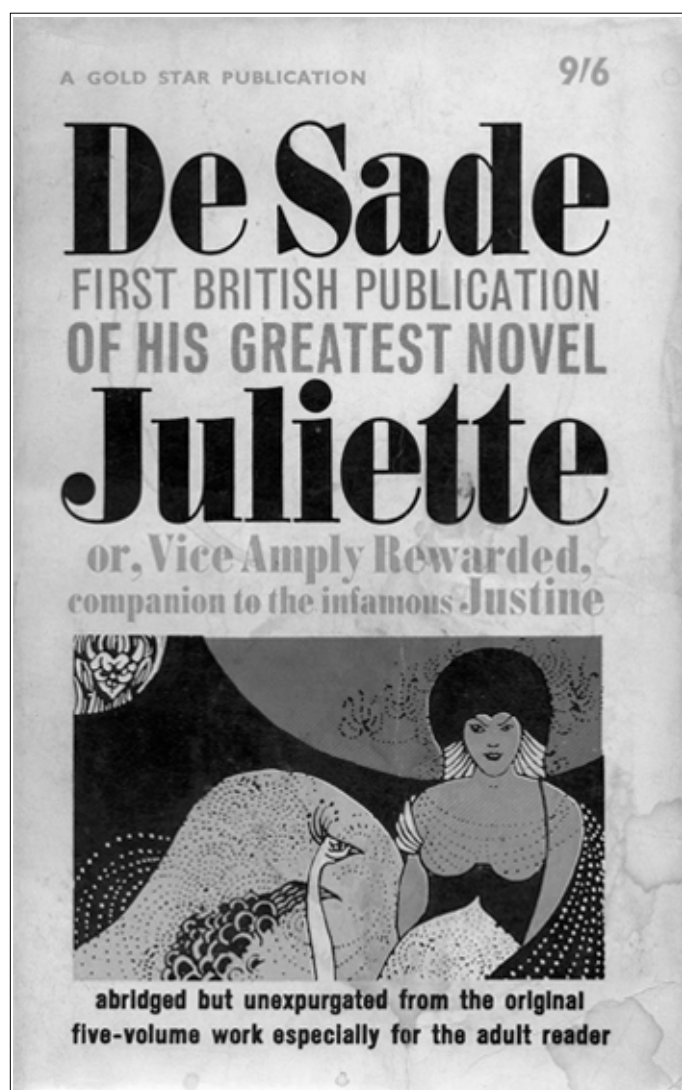
VI

En su citado artículo, Vargas Llosa, para quien Sade “como escritor era recurrente como un disco rayado y, pasados algunos sobresaltos, generalmente aburrido” (Jean Paulhan decía: “Es innegable que Sade es monótono... ¿Qué es la inspiración? Tener una cosa que decir, y jamás cansarse de decirla”), hace otras consideraciones arriesgadas:

Para disfrutar a Sade era indispensable la nerviosa clandestinidad, procurarse esas ediciones de catacumba como las codiciables que se exhiben en el Museo de Orsay, casi siempre con pies de imprenta falsificados y que se salvaron de milagro de los secuestros e incineraciones, y sumergirse en sus páginas con la sensación de estar transgrediendo una ley y cometiendo pecado mortal. Como hoy en día *Las 120 jornadas de Sodoma*, *Justine o los infortunios de la virtud* y *Juliette o las prosperidades del vicio* se venden en las más respetables librerías, y se pueden leer en todas las buenas bibliotecas, su atractivo es bastante menor y, como ocurre siempre con la literatura monotemática, tanta ferocidad recurre de tal modo en sus páginas que deja de serlo y se vuelve juego, irrealidad. En la inmensa obra que escribió hay, me parece, apenas una genialidad literaria: el breve *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*, en el que luce un pensamiento condensado y firme, sin las retóricas blasfemias y los morosos discursos exaltando las depravaciones, la traición y los crímenes que entumescen sus otros libros, tanto los históricos como los eróticos.

Empero, creo que a pesar de los nuevos tiempos que corren leer a Sade a solas o, peor, en voz alta, resulta todavía bastante perturbador (justamente por la dimensión ya placentera, ya transgresora de su obra). Su llegada a las librerías no disminuye en nada la reacción de fascinación en el lector inteligente y menos aun el escándalo en el lector beato ni en las instituciones que lo educan.

Hay cosas con las que ni la absorbente civilización del espectáculo, que tanto ha estudiado Vargas Llosa, puede lidiar. Una de ellas es lo sadiano: el lenguaje que



funda recorriendo el descontrol, la blasfemia, el exceso, el encierro.

Roland Barthes vio a Sade junto a Fourier y Loyola precisamente porque los considera “logotetas, fundadores de lenguas” que realizan las “mismas operaciones”: aislarse (“el nuevo idioma debe surgir de un vacío material; un espacio anterior debe separarlo de otros idiomas comunes, ociosos, anticuados...”); articular (“nuestros tres autores recuentan, combinan, disponen, producen sin cesar reglas de ensamblaje... no hay nada que no se pueda verbalizar: para Sade y Fourier, Eros y Psiché deben estar *articulados*”); ordenar (“someter la gran secuencia erótica, eudomonista o mística a un orden superior... el orden necesario para el placer, la felicidad, la interlocución divina”).

Esas lenguas como las de Sade no las habla ni pronuncia o consume fácilmente el imperio del espectáculo que tanto teme Mario Vargas Llosa.

En cuanto a que Sade sea un autor monotemático y que tenga “apenas una genialidad literaria” (*Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*), creo que el Premio Nobel comete sencillamente una injusticia.

VII

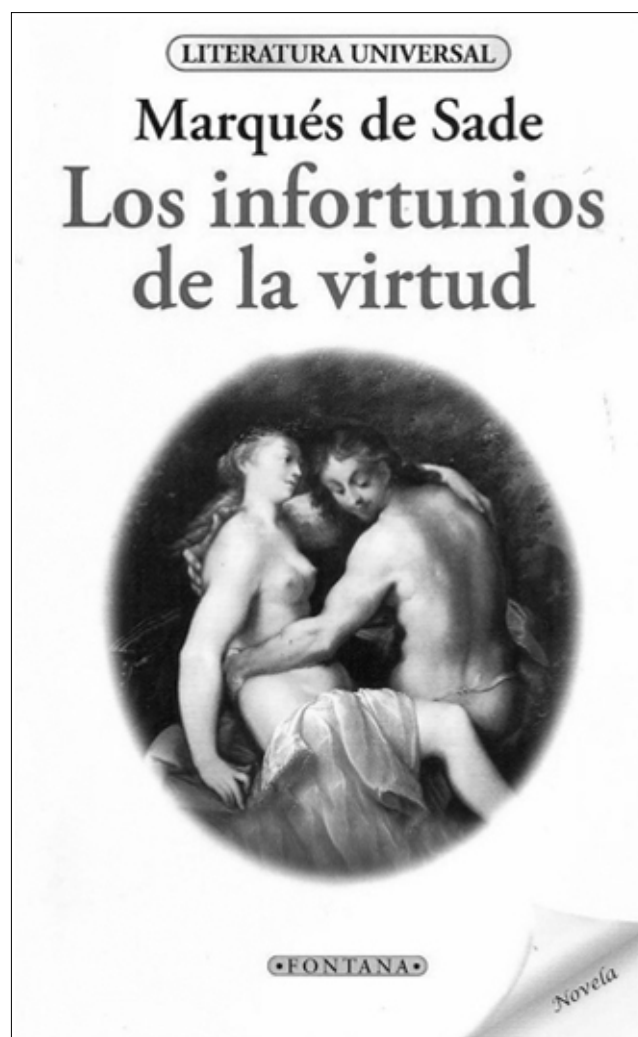
Sade no tenía cabida en su castillo: lo expulsaba el deseo, lo prohibido, la transgresión, la provocación, los placeres extraños. No estaba hecho para el matrimonio ni la familia, cargas para él insoportables. Era noble por nacimiento y de muy ilustres blasones, pero rebelde y libertario como los mejores del siglo XVIII.

Sade no tenía cabida tampoco en La Bastilla ni en Charenton: un prisionero como él no tenía nunca las rejas ni la vigilancia que los poderes judiciales y clínicos deseaban para él.

Si le hubieran advertido que 200 años después de su muerte sería objeto-sujeto de una muestra en un gran museo de París y que un Premio Nobel lo declararía una pieza más de la civilización del espectáculo, seguramente habría estallado en risa o llanto.

Philippe Sollers, uno de los más acuciosos lectores contemporáneos de Sade, entiende la que parece su condición sempiterna:

La verdad es que Sade es un escándalo perdurable: nada puede aminorarlo, reducirlo, ni mil tesis universitarias como tampoco la marea pornográfica en curso. La globalización es cada vez más vulgar, la violencia de Sade en cambio nunca lo es... Hubo recientemente un ensayista norteamericano (la traducción norteamericana de Sade es desastrosa y falsifica su estilo) que solicitó que sus libros, que vuelven locos a todos los asesinos, sean etiquetados como el tabaco o el alcohol. Sade mata, envenena



el ambiente, daña gravemente los espermatozoides, los lectores y las lectoras de Sade mueren prematuramente, está comprobado.

Hecha esta broma, Sollers remata: “No terminaremos nunca; en este punto el malentendido es inagotable. La moral, siempre la moral, cada vez más moral, esa *debilidad del cerebro*, decía Rimbaud, sirve para esconder la incapacidad de leer; el único punto de contacto entre un biempensante y un criminal”.

La historia no cambia fácilmente, pero así como Sade fue y vino de las prisiones y manicomios, así irá y vendrá de los museos y vitrinas donde se lo quiera confinar como una pasión disecada.

Y pienso de nuevo, como irremediable consuelo, en el poema de Octavio Paz:

No te has desvanecido.
Las letras de tu nombre son todavía una cicatriz que
[no se cierra,
un tatuaje de infamia sobre ciertas frentes.
Cometa de pesada cola fosfórica: razones obsesiones,
atravesas el siglo diecinueve con una granada de
[verdad en la mano
y estallas al llegar a nuestra época. **u**